

LOS MUEBLES

¿Por qué no? Cada mueble
puede hacernos alguna confidencia:
en una alcoba triste un lecho endeble,
no es difícil que pueble
de trágicas visiones la conciencia.

El armario de pino
que en el rincón aquel yace olvidado,
¿no es verdad que parece un peregrino,
rendido y fatigado,
entre las asperezas del camino?

El mullido sofá semeja un lecho
que al sueño y al deleite nos invita:
cómplice del amor está en acecho,
atisbando el latido con el pecho
los éxtasis presente de la cita.

¿Qué pretendéis, al sumergir la mano
en aquella recóndita gaveta?
¡Buscáis, buscáis en vano
la página de amor, dulce y secreta,
que ella retiene, así como sujeta,
al náufrago infeliz el Oceano!

Las sillas, con sus formas atrayentes,
surgiendo en la solemne ceremonia,
simulan magistrados imponentes,
llenos de distinción y parsimonia.

¿Habéis visto los viejos escritorios?
Semejan, por su aspecto, emperadores
que yacen en sus vastos dormitorios,
pensando que la pompa y los honores
son pálidos fantasmas ilusorios.

Son los cofres adictos camaradas
que con nosotros van en nuestros viajes;
duermen en nuestra alcoba en las posadas,
y en el andén les rinden homenajes
como si fuesen testas coronadas.

Melancólicos pasan por la vida;
con inmenso pesar escuchan ellos
el sollozo, el adiós de la partida,
y custodian el rizo de cabellos

que ató, llorando, una mujer querida...

Amontonados en su seno yacen
versos de amor y cálices de rosas,
que silenciosamente se deshacen
debajo de las cartas amorosas
que entre suspiros nacen
para morir dispersas y borrosas...

Cuando vierte la tarde los reflejos
que brotan de sus ojos entornados,
dando un opaco tinte a los marfiles
de los misales y los Cristos viejos...,
decidme ¿no habéis visto en los espejos
pavorosos perfiles
de rostros demacrados,
que acaso llegarán desde muy lejos,
tristemente impulsados
por ráfagas errantes y sutiles?

Si veis a media noche los estantes
en donde los infolios permanecen,
notaréis que los libros se estremecen
en poder de unas manos vacilantes,
que en el aire se alargan, y parecen
lirios que van por el espacio errantes.

El lecho es un amigo
que nada exige de su afecto en pago:
con idéntico halago
recibe al poderoso que al mendigo;
él es quien oye el misterioso y vago
paso exterminador del enemigo,
que nos hace pasar por el postigo
que se abre y cierra en el postrer momento,
y él es quien, melancólico, soporta
la rigidez del cuerpo macilento,
cuando la muerte con su soplo corta
la frágil hebra del vital aliento.

Hay efigies muy bellas en las paredes
próximas pendientes,
que nos hablan de espíritus ausentes
cuando fijamos la mirada en ellas.

Pero hay otras de ceño cejijunto...
¡esas parece que se están odiando!,
y, al verlas, me preguntó:

¿en qué estarán pensando?...
¡ Tal vez en las pupilas de un difunto
que desde lejos las está mirando!

Servidores amables y discretos
que sabéis mis secretos,
mis luchas y mis locos desvaríos;
que me habéis visto caminar a oscuras
en horas de funestos extravíos;
que en momentos de angustia y de quebranto,
contemplando un cadáver, de mi llanto
habéis visto correr las ondas puras;
que me habéis visto sollozar delante
de un libro fulgurante,
besar la firma del autor lejano,
y su inmóvil y pálido semblante,
lo mismo que si fuera el de un hermano;
que de memoria conocéis mis versos
que nacieron, eufónicos y tersos,
y que habéis presenciado la agonía
de mis sueños errantes y dispersos...
¡Oh muebles, muebles míos,
trémulo de emoción y de alegría,
dejadme a todas horas contemplaros,
igual que los avaros
contemplan su tesoro cada día!

Cuando Dios justiciero
me sentencie a morir, en ese instante
por la postrera vez miraros quiero,
como antes de expirar, el caminante
se fija agradecido en el lucero
que fue su misterioso acompañante.